

Por último, en el decimotercer capítulo (“La felicidad y el bienestar subjetivo”), Daniel Loewe nos propone investigar, a su lado, si es posible y, si lo es, hasta qué punto adecuado, el establecimiento de índices de felicidad que definan el bienestar subjetivo. El autor interactúa con variadas vertientes, brinda mucha información, especialmente en relación con la investigación empírica realizada sobre el tema, y dialoga con utilitaristas y economistas. Jamás, sin embargo, pierde el hilo de su trabajo, que puede resumirse en dos cuestiones fundamentales: (i) determinar la relación

que existe entre felicidad y bienestar y (ii) determinar, asimismo, qué estados subjetivos son relevantes a la hora de mensurar el bienestar de un sujeto.

La lectura de este libro, en definitiva, es recomendable. El volumen, dada su temática, es de interés general, aunque no por ello carece de utilidad para los lectores especializados. Cabe destacar, por último, la valiosa y rica variedad y pluralidad, casi infinita, de voces que guarda entre sus páginas.

Wittgenstein. La filosofía como ética

CABANCHIK, SAMUEL (2010).
Buenos Aires, Quadrata.



Alejandro Boverio

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

El gran desafío al escribir un libro que introduce al pensamiento de un filósofo es que, además de volverlo accesible para aquellos que recién se enfrentan con él, sea a su vez de interés para lectores avezados en filosofía. La colección Pensamientos Locales, que coedita Quadrata y la Biblioteca Nacional, es una en la que las diversas introducciones a grandes filósofos modernos y contemporáneos (de Spinoza a Deleuze), escritas por filósofos argentinos, en su gran mayoría presentan esta virtud. Pero acaso el *Wittgenstein* de Samuel Cabanchik sea el que mejor asume este desafío ya que, al tiempo que traza los lineamientos generales de la obra de Wittgenstein, en sus rupturas y continuidades, lo hace desde una decidida apropiación de su pensamiento que lo lleva a presentar nuevos horizontes para abordar el lenguaje desde una perspectiva comunitaria.

Ya en su prefacio nos encontramos con una problematización del lugar del filósofo argentino y su circunstancia: la falta de una tradición local y su dependencia de los padres filosóficos europeos, lo que lo convierte en un filósofo profesional. ¿En qué medida podremos trascender esta situación y que el argentino sea un filósofo sin más? En la perspectiva de Cabanchik hay un contexto auspicioso que indica que el *paricidio*, condición necesaria para aquella superación, está en curso en las nuevas generaciones, con su voluntad de leerse y discutirse mutuamente. En efecto, de ello parece tratarse: que la comunidad filosófica argentina encuentre una creciente autonomía y esté dispuesta a plantear no meramente lecturas, sino problemas.

En *Wittgenstein*, justamente, se aborda la obra del filósofo vienés en términos problemáticos: marcando con agudeza los nudos de lo que la tradición ha dado en llamar el *primer* y el *segundo* Wittgenstein, Cabanchik supera esa dicotomía para poner en juego los modos en que tales trazos de pensamiento pueden dialogar entre sí. Y lo que para Cabanchik persiste en el pensamiento wittgensteniano a lo largo de toda su obra es la comprensión de la filosofía en tanto práctica crítica. Sin dudas en cada período de la obra existirá una concepción específica y divergente de lo que es el lenguaje, pero aún así, la tarea de la filosofía para Wittgenstein siempre será en esencia una crítica del lenguaje. Efectivamente, si en el *Tractatus* esa crítica del lenguaje se basaba en un trazado de los límites del sentido, a través de un esclarecimiento del lenguaje que fijaba las condiciones de la expresión significativa, y en donde se establecía entonces una barrera detrás de la cual lo otro era *inefable*. Cabanchik apunta que, en *Investigaciones*, a partir de una elucidación del funcionamiento de los diversos juegos de lenguaje (en un anudamiento inextricable con las formas de vida), aquello que antes se pensaba como inefable se trastocará en lo *inagotable* de la significación.

Ahora bien, la tesis fuerte del libro consiste en mostrar cómo la cuestión ética es el horizonte desde el que se escribe, tanto para el *primer* como para el *segundo* Wittgenstein, y desde el que se estructuran ambas críticas del lenguaje. La expresión de la ética, aquello inefable, termina siendo la afirmación misma

que constituye el conjunto del *Tractatus*, cuyos sentidos pretenden decir lo que no puede ser dicho, y que encuentra su complementación, en la “Conferencia de Ética”, en lo que Cabanchik denomina un solipsismo ético, con su expresión paradigmática: “Vivo la existencia del lenguaje como un milagro”. De ese solipsismo ético que estructurará una visión del lenguaje como un *factum* originario e irreductible se pasará, en *Investigaciones*, a un *ethos* comunitario, en donde “no hay primero hablantes *qua* individuos que luego se encuentran entre sí para interpretarse mutuamente, puesto que el individuo es ya comunitario, dado que la comunidad es aquel plano, el lingüístico, que hace de un individuo un hablante”, por lo que tanto la felicidad como los lenguajes encontrarán necesariamente su posible realización en la vida en común, con sus contingencias y desplazamientos permanentes de sentidos.

Esta dimensión de continua e inagotable interpretación que se muestra en *Investigaciones*, Cabanchik

la pone en juego en su propia lectura de Wittgenstein, complejizando los puntos de partida de las contribuciones clásicas sobre Wittgenstein (como la de Pears o la de Kenny), evaluando los alcances de algunas prolongaciones del pensamiento wittgensteniano (Kripke), y poniendo en conexión su pensamiento con diferentes pliegues de la filosofía contemporánea (Virno, Agamben, Canguilhem, del Barco, etc.), en la búsqueda de nuevos horizontes de pensamiento.

He aquí una invitación a la lectura de un libro que abre caminos, a partir de Wittgenstein, para pensar por sí mismo la dimensión comunitaria del lenguaje y de la vida. La filosofía misma, inescindible de este *ethos* comunitario, como decíamos, si es que va a existir en nuestro contexto, precisa de la lectura y de la discusión de nuestros textos valiosos. El *Wittgenstein* de Cabanchik es, sin dudas, uno de ellos.

Hegel démocrate: Autour de la Philosophie du droit

FARINATI, ALICIA NOEMÍ (2012).
Paris, L’Harmattan.



Eric Puisais

UNIVERSIDAD DE POITIERS

El libro de Alicia Farinati que comentamos es, sin duda, importante, y exhibe un rasgo peculiar que le confiere esa importancia: se trata, en efecto, de una obra sobre un filósofo alemán que se edita en francés y está escrita por una argentina. Además, la autora ubica a Hegel en su contexto –la Alemania de su tiempo y la filosofía del derecho del siglo XIX– a la vez que, gracias a un enfoque de carácter internacional, permite comprender mejor esa filosofía del derecho de Hegel en lo que ella tiene aún hoy de viva. Por cierto, de acuerdo con esa orientación pero, asimismo, en razón del propio desarrollo interno de su obra, Alicia Farinati propone una perspectiva que permite evadirse de las trampas de los prejuicios que se mantienen todavía, demasiado a menudo, a propósito de Hegel. Y además de permitir superar los errores favorece también la emergencia de una interpretación nueva e innovadora del pensamiento político de Hegel y hace de él un autor útil para nuestro tiempo.

La primera parte de la obra se titula “Liberté et Droit”, dos nociones –libertad y derecho– que, sin duda alguna, están en Hegel estrechamente vinculadas. Sabido es que, para él, la libertad no consiste en una que sea la de la pura y simple elección. Si así fuera, se trataría para él de una limitación del poder de la libertad. Por el contrario, la libertad es la realización del individuo en el derecho; o, más bien, el derecho se presenta como libertad realizada. Como lo dice la autora: “En la medida en que el hombre exige derechos y acepta obligaciones, su libertad se torna efectiva” (p. 19). Y es precisamente en el Estado que esta forma de libertad puede y debe realizarse. En el estado natural, el hombre es no-libre; alcanza la libertad solo por medio del trabajo y la toma de conciencia de sí que le permiten elevarse al estatuto de sujeto pensante, consciente de sí mismo. Es, en efecto, esta forma de la racionalidad hegeliana la que el libro de Alicia Farinati pone en escena, describe y despliega filosóficamente.